

CAPÍTULO XV

Jesucristo y María nos dieron á luz en el Calvario á la vida de la gracia, así como Adán y Eva en el paraíso terrenal nos engendraron para el pecado. Cumplimiento de la profecía de Isaías, que anunciaba que una mujer daría á luz á todo un pueblo. Explicación de la palabra «Eva». Cuando Adán dió á Eva, después de su pecado, el título de «madre de los vivientes», se refirió principalmente á María; este título tuvo en Ella toda su realidad. El nombre de Eva, tomado literalmente, es también una figura y una profecía de las palabras que Jesús dirigió á María desde la cruz. Deberes que resultan para los cristianos del misterio que se ha expuesto y explicado en esta obra.

¡Cuán grandes y sublimes, cuán preciosos y tiernos son los misterios del Calvario! Jesucristo está en la cruz, y por los tormentos inauditos que padece en ella, por la muerte ignominiosa y cruel que sufre, destruye al hombre viejo, al hombre de pecado, al hombre condenado á la reprobación y á la muerte, borrando con su sangre el funesto decreto que le condenaba; de este modo prepara en su próxima resurrección una reforma completa, una creación nueva y misteriosa del hombre (1). Nuestra salvación procede, pues, de sus enfermedades y de sus tormentos, y nuestra vida de su muerte. El nos engendra en su cruz, nos prepara para un nacimiento nuevo, nos anima, nos vivifica, nos hace entrar en un nuevo orden de providencia y de gracia,

(1) Sed nova creatura. (*Galat.*, vi, 15.)

y nos incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad y gloriosa con su gloria; y así como todos morimos en Adán y con Adán junto al árbol fatal de la ciencia, todos también renacemos á la vida en Jesucristo sobre el árbol precioso de la cruz (1).

Pero debemos observar que esta sangre purísima, que, derramada sobre la tierra, hace germinar, como nuevas plantas, hijos de Dios; que esta carne inocente, que, sin ser contaminada por el pecado, representa todos los pecadores, porque es semejante á la carne de pecado, en la que el pecado ha sido condenado y destruido; que este cuerpo santísimo, en el que nuestro *viejo hombre* es crucificado, expia el pecado, destruye la condenación y hace abolir el decreto de muerte; que esta humanidad augusta, en la que todos los hombres experimentan los efectos de la maldición para ser bendecidos de nuevo, y mueren para renacer á una nueva vida; debemos, repito, observar que esta sangre, esta carne, este cuerpo y esta humanidad pertenecen de una manera particular y propia á María. Le pertenecen, en primer lugar, porque, como dicen San Agustín y el venerable Beda, el Verbo divino no tomó su carne humana sino de la carne y de la sangre de María (2). En segundo lugar, porque la recibió de Ma-

(1) Sicut in Adam omnes moriantur, ita et in Christo omnes vivificabuntur. (*I Cor.*, xv, 22.)

(2) Caro Christi, caro Mariæ. (*S. Aug.*) Carnem non aliunde, sed materna traxit ex carne. (*V. Bed.*)

ría sin mezcla alguna de carne extraña. En tercer lugar, porque María se la dió voluntariamente, cuando se le pidió su consentimiento para la encarnación, y Ella se ofreció con prontitud á suministrar al Verbo de Dios una carne tomada de la suya propia, para que sirviese de víctima en la cruz. María, por consiguiente, no sólo padece con Jesucristo, es crucificada y muere con El, porque el amor hace comunes á la madre, y principalmente á la Madre tal, los padecimientos y la muerte del hijo, y sobre todo de tal Hijo, sino también porque este cuerpo, en el que Jesucristo sufre los tormentos y la muerte, es todo de María; por esta razón todos los misterios que se realizan en este cuerpo son comunes á los dos.

Es cierto que todo el mérito del sacrificio de la cruz por nuestra salvación procede de que esta carne, verdaderamente humana, está substancialmente unida en Jesucristo á la persona divina del Verbo, y que en El y por El es elevada, ennoblecida y hecha capaz, en la fragilidad humana, de dar una satisfacción de un valor infinito, digna, por lo tanto, de Dios.

Pero si en cuanto á la grandeza del mérito, la persona del Verbo lo es todo en la ofrenda de este sacrificio, la humanidad, en la cual se ofrece, lo es todo en cuanto á su cumplimiento exterior. Pues bien; esta humanidad es el fruto de las entrañas de María; Ella la alimentó con su leche, Ella la dió voluntariamente y la ofreció para la cruz por su conformidad y su obediencia; la generación espiritual que se obra por esta

carne divina se remonta, por consiguiente, hasta Jesucristo, y al mismo tiempo hasta María: hasta Jesucristo, que ofrece el sacrificio y le da un valor infinito, y hasta María, que fué la que suministró la víctima.

En el paraíso terrenal Adán pecó más gravemente que Eva; él pecó en cualidad de cabeza y padre de toda nuestra especie; su pecado es, pues, el que se transmite á todos los hombres. Mas este pecado, que todos cometimos en Adán, que todos recibimos de Adán, lo consumó el primer hombre en una fruta que Eva había cogido, que Eva llevó, que Eva ofreció á su malhadado esposo, persuadiéndole que la comiese (1), y, por lo mismo, el pecado de Adán es también el de Eva. Aunque el pecado de Adán sea propiamente el que nos causa la muerte (2), esta muerte, sin embargo, procede de la cooperación y de las manos de Eva. Ved aquí por qué Jesucristo padece en el Calvario más que María; y como El padeció en cualidad de cabeza y de padre de la nueva raza que debía nacer de El, en cualidad de una cabeza y de un Padre que es al mismo tiempo Dios, se nos comunica por lo mismo su justicia. Mas esta justicia, que hemos obtenido en Jesucristo y que recibimos de Jesucristo, la mereció El mismo en la carne que María le suministró, le ofreció y le dió voluntariamente. Por esta razón el sacrificio de Jesucristo es también el de María. Y aunque solo Jesucristo

(1) Tulit... deditque viro suo, qui comedit. (*Genes.*, III, 6.)

(2) In quo omnes moriuntur. (*I Cor.*, xv, 22.)

sea propiamente el que nos engendra y nos vivifica (1), sin embargo, esta vida nos viene también por la cooperación y por las manos de María.

Mas ¿qué hace María en el Calvario, en pie é inmóvil junto á la cruz? ¡Ay! Ella participa de los sufrimientos y de la generación misteriosa de Jesucristo; en El y con El, dice San Bernardo, en la inmensidad de su dolor y en medio de los horrores y de las angustias de la muerte, nos da á luz para la vida (2).

Así, pues, Adán, en el misterio de iniquidad que nos da la muerte, tiene una compañera, y Jesucristo tiene otra compañera en el misterio de gracia que nos vivifica. María, no sólo está asociada al amor generoso del Padre eterno en su adopción, sino que también lo está á los crueles tormentos del Hijo eterno en su generación. Un pueblo nuevo, un pueblo santificado recibe el ser, no sólo del amor del Padre y de los sufrimientos del Hijo, sino también de los dolores y del amor de la Madre. Este pueblo afortunado tiene en María una verdadera Madre para la vida; así como el pueblo antiguo, el pueblo corrompido, nacido de la desobediencia de Adán y del orgullo de Eva, tuvo una madre en la persona de Eva, pero una madre para la muerte. Por esta razón las palabras que Dios pronunció contra Eva: *Tú parirás en el dolor*, son á un tiempo mismo una ley y un misterio, una condenación y una profecía. Desde este instante los padecimientos

(1) In Christo omnes vivificabuntur. (I Cor., xv, 22.)

(2) Erat magno dolore parturiens. (S. Bernard.)

son una condición inevitable para ser madre, no sólo en el orden de la naturaleza, sino también en el de la gracia. La ventaja de tener hijos espirituales, lo mismo que el consuelo de tener hijos terrenos, no puede adquirirse sino á precio del dolor. La cualidad de madre será inseparable de la de mártir (1). Eva, que no se hace madre de los hijos del hombre sino sufriendo en su cuerpo los dolores más agudos, es la figura de María, que para ser Madre de los hijos de Dios sufre en su corazón los tormentos más atroces y más intensos (2).

Entonces fué cuando se cumplió á la letra el prodigio estupendo que el Profeta Isaías había anunciado en los términos pomposos que le sugería su admiración: ¿Quién ha visto jamás, quién ha oído referir jamás un acontecimiento tan singular y tan extraordinario? ¿Cómo es posible que un solo día, un solo parto cubra la tierra, y que todo un pueblo nazca momentáneamente de un solo parto! Sin embargo, así es como Sión ha concebido y dado al mundo sus hijos. Hay más aún; el parto ha precedido á la concepción, y antes de cumplirse el tiempo necesario se la ha visto parir un hombre fuerte y robusto (3).

(1) In dolore paries. (Genes., iii, 16.)

(2) Erat magno dolore parturiens. (S. Bernard.)

(3) Quis audivit unquam tale? Et quis vidit huic simile? Numquid parturiet terra in die una, aut parietur gens simul, quia parturivit et peperit Sion filios suos? Antequam parturiret, peperit; antequam veniret partus ejus, peperit masculum. (Is., LXVI, 7, 8.)

Y bien, ¿cuál es esta misteriosa Sión, que de un solo parto engendra y se hace Madre de un pueblo entero? ¿Cuál es en este pueblo el que nace de repente, á un tiempo mismo, como sin haber sido concebido; que no conoce infancia ni juventud, y que en el instante mismo en que ve la luz aparece en toda la fuerza de la edad viril? ¿Es posible no reconocer á María en esta Sión, ni ver en este pueblo, adulto desde su nacimiento, el pueblo cristiano, la Iglesia, que de repente nació en el Calvario, de Jesucristo y de María, y que, apenas nacida, hizo la conquista del mundo, y dió pruebas de un rigor y de una fuerza invencible en la persona de sus Apóstoles y de sus mártires?

¡Tierna y generosa María, hecha fecunda milagrosamente al pie de la cruz! Reconozcamos que, después de Jesucristo, debemos á Ella nuestro nuevo nacimiento. En el Calvario, donde Jesucristo, su primogénito, tuvo su tumba, nosotros, sus hijos segundos, tenemos la cuna. Donde El muere, nosotros nacemos; pero renacemos por ella, porque ella nos concibió allí y nos parió en el dolor, como Jesucristo nos regeneró con su sangre. Los dolores de este parto fueron grandes sin duda, mas el pueblo que Ella parió es innumerable (1).

Debemos deducir de todo esto que la antigua Eva, en lo que dice de ella la Escritura, es el tipo y la verdadera figura de María, así como Adán lo es de Jesu-

(1) Erat magno labore parturiens. (S. Bernard.)

cristo; que María es esa Eva misericordiosa para nosotros, porque es esa Eva fiel á Dios, esa Eva santa, esa Eva bendita, esa Eva fecunda por la justicia. Por el nombre mismo, María es la verdadera Eva.

En efecto, el nombre de *Eva*, en el lenguaje original de los hebreos, significa *viviente, vivificante*, ó simplemente *vida*, como traducen los Setenta, haciéndolo derivar de la palabra hebrea *havo* ó *hava*, y del imperativo *have*, que significa *vivid* ó *vivid muchos años*. Esta palabra fué adoptada en su integridad y en el mismo sentido por los latinos, entre los que la palabra *ave* es una salutación, un deseo de vida y de felicidad.

Este hermoso nombre de Eva ó de *viviente* ó de *madre de los vivientes*; este nombre tan grande, tan noble y tan glorioso, fué dado á la primera mujer por Adán, su esposo, después de la prevaricación de esta mujer infortunada, y después que, en castigo de su pecado, había ella oído de la boca misma de Dios la terrible sentencia que la condenaba, lo mismo que á su esposo y á toda su posteridad, á una muerte inevitable, porque apenas había acabado el Criador de decir á Adán: *Tú eres mortal y tú morirás*, cuando, volviéndose Adán hacia Eva, le dice: *Tú eres la vida* (1).

Pero ¡qué extraño contraste se verifica!, exclama San Epifanio. Eva por su pecado acaba de morir, tanto

(1) (Dixit Deus) pulvis es, et in pulverem reverteris. Et vocavit Adam nomen uxoris suæ, Eva: eo quod mater esset cunctorum viventium. (Genes., III, 19, 20.)

en el orden corporal como en el orden espiritual; sin embargo, en estas circunstancias es cuando Adán le da el nombre grande de Eva, es decir, de *vida* ó de *viviente*. Eva por su pecado acaba de causar una revolución espantosa en toda la naturaleza; ella ha traído la muerte, no solamente sobre sí, sino también sobre su esposo y sobre toda su posteridad (1); por consiguiente, desde este momento nos da á luz para la muerte; y, sin embargo, entonces es cuando Adán la llama *madre de todos los vivientes*. ¿Y no es una cosa muy singular que en el momento en que Dios hace resonar en los oídos de Eva la palabra de *muerte*, le dirija Adán un saludo, un deseo de *vida* (2)?

Es indudable, dice el mismo Doctor, que al hablar así Adán á la primera Eva, tenía presente á la segunda, es decir, á María. A esta segunda Eva fué á quien él dirigió su saludo solemne, misterioso y profético, llamándola *vida y Madre de todos los vivientes*. Este nombre sólo se dió á Eva por enigmas y por figura; pero literalmente y en la realidad se dirigió á María (3).

¡Tierno y santo misterio de la misericordia divina, misterio admirable de la divina bondad! ¡Apenas el

(1) Per peccatum mors. (*Rom.*, v, 12.)

(2) Illa (Eva) mater viventium vocata est postquam audivit; Terra es, et terram reverteris; et mirum est quod post transgressionem hoc magnum cognomen habuit. (*S. Epiphan.*, *hæres.*, 78.)

(3) Beata mater Dei Maria per Evam significabatur, quæ per ænigma accepit ut mater viventium vocaretur... Per ænigma mater viventium appellata est. (*S. Epiphan.*, *hæres.*, 78.)

hombre consuma su pecado, cuando la clemencia divina le previene y le ofrece el remedio y el perdón! Las palabras que anuncian y prometen la vida se mezclan y se confunden con las que amenazan con la muerte. En el instante mismo en que el hombre cae, y atrae sobre sí y su posteridad todos los anatemas, se abre el porvenir á sus ojos y á su esperanza, y en la mujer que está á su lado ve Adán la figura de otra Mujer semejante á la primera por su sexo y su fecundidad, aunque muy diferente por su santidad y su justicia, que dará la vida á los que la primera engendró para la muerte. Esclarecido con una luz divina el prevaricador enemigo de Dios, se hace un Profeta inspirado por Dios. Desde el paraíso terrenal se traslada en espíritu al Calvario. Desde el árbol funesto de la ciencia se vuelven sus miradas hacia el árbol santo de la cruz. Allí ve por una parte al Adán celestial, al Adán inocente y fiel, que se coloca en el lugar del Adán terreno, prevaricador y rebelde, se somete al castigo que éste ha merecido, expía su pecado, se sacrifica y sufre la muerte (1). Por otra parte ve á María asociada á los padecimientos de Jesucristo, y que en El y con El engendra los hijos de la nueva alianza; él ve el número de sus hijos, ve su dignidad y su gloria, admira su santa fecundidad, la anuncia y la proclama. En la persona de Eva, que concibe en el pecado, que pare para el sepulcro, que multiplica sus hijos para poblar el in-

(1) Agnus occisus ab origine mundi. (*S. Epiphan.*, *hæres.*, 78.)